

CORPUS CHRISTI

2/6/2013

Oratorio de san Felipe Neri

Alcalá de Henares

Muy queridos hermanos,

Celebramos esta fiesta cada año en un momento preciso del ciclo litúrgico: Comienza el ciclo litúrgico con el Adviento, le sigue la Navidad, luego una parte de lo que se llama el tiempo Ordinario, luego la Cuaresma, después la Pascua, que se cierra con Pentecostés. Después de Pentecostés se celebra la Santísima Trinidad y, justo después, la Solemnidad del Corpus. Después de haber celebrado todos los misterios centrales de la vida de Cristo, que son los misterios de su vida por nosotros, los misterios que nos dan a nosotros la salvación, los misterios de su encarnación y nacimiento como hombre, de su Pasión, muerte, resurrección, ascensión a los cielos y envío del Espíritu Santo, celebramos dos fiestas: el domingo pasado la de la Santísima Trinidad para dar gracias a Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo que ha obrado todo, creación y redención por nosotros; y hoy volvemos los ojos a la Eucaristía y hacemos fiesta en torno a la Eucaristía, en torno al Cuerpo y a la Sangre de Cristo.

¿Por qué? —Porque así nos percatamos de que todo lo que hemos celebrado durante meses, paso a paso, de los misterios de la vida del Señor, todo ello se concentra en la Eucaristía. En la Eucaristía se hace presente el Señor mismo, Jesucristo, su humanidad y su divinidad, su persona única, sustancialmente presente en el pan y en vino que se consagran. Y se hace presente todo el misterio de su vida por nosotros.

Pensadlo bien: ante nosotros se hace presente el mismo Cristo y todo el misterio de su vida que se condensa, se concentra, se nos ofrece en el pan y en vino consagrados. Este misterio de su presencia personal y salvífica es un milagro de su amor. El único motivo de este milagro de su presencia personal y de la actualización de toda su vida en el sacramento del altar es su amor por nosotros, que no soporta quedar en el pasado, sino que es permanentemente presente, permanentemente actual, permanentemente nuevo.

La resurrección a los cielos del Jesús, con su naturaleza humana y divina, ha hecho que cada uno de los misterios de su vida permanezcan vivos en la eternidad de Dios. Y la Eucaristía hace presente en medio de nuestra vida esta misma persona del Hijo muerto y resucitado por nosotros, que viven en la Trinidad. Y así actualiza su amor por nosotros. La eucaristía es un acto de amor presente. Nuestra fe no se basa sólo en hechos pasados, sino en hechos pasados que son presentes para nosotros. No somos nostálgicos de un amor de hace siglos, sino de un amor presente, nuevo y eterno.

En la segunda lectura, San Pablo recuerda a los cristianos la doctrina de la Eucaristía, su origen en las palabras y los gestos de Jesús durante la última cena, como uno de los núcleos esenciales de la fe recibida de los Apóstoles. Y porque esta doctrina es central en nuestra vida cristiana, es necesario que los cristianos tengamos claros algunos aspectos sobre la Eucaristía:

1. Primero que es presencia real del Señor Jesucristo
2. Que esta presencia expresa un gesto de amor de Cristo hacia nosotros, que ha deseado este sacramento para permanecer junto a nosotros.
3. Que esta presencia es la presencia de su sacrificio: el sacrificio de toda su vida por nosotros y, concretamente el sacrificio de la cruz, por eso se dice del pan: «este es mi cuerpo que se entrega por vosotros; y del cáliz: «esta es mi sangre que se derrama por vosotros y por todos los hombres para el perdón de los pecados». Por tanto, en el pan y en el vino se nos ofrece el cuerpo que fue destrozado en la cruz y ahora vive, la sangre que se vertió en la cruz y que ahora brilla llena de vida en el cielo.

Me bastaría con que retuvieseis en el corazón estos tres aspectos de la realidad que celebramos aquí cada Domingo, que va más allá de lo que los ojos pueden ver: su presencia, su amor y su sacrificio.

En el Evangelio hemos escuchado el relato de la multiplicación de los panes y los peces, un milagro que anunciaba otro más grande: el de la Eucaristía. En el relato del milagro se expresa el cuidado de Cristo por nosotros. Él se cura de nosotros, se preocupa, ve y atiende nuestras necesidades. Y entre los muchos detalles del relato, hay dos que quiero comentar.

El primero es que Jesús mandase que todos se recostasen. Comer de pie, o comer sentado era la costumbre normal, la influencia griega y romana había introducido la costumbre de comer reclinados, recostados, pero era una costumbre reservada a momentos de reposo; y reservada, sobre todo, a los que no eran siervos ni esclavos, a hombres libres y “señores”. Cristo les manda reclinarse para comer: no se trata de una comida para salir del paso: es un banquete de hombres libres, aunque sólo haya pan y peces. Una comida sencilla pero que representará el don que Cristo hace de sí mismo a sus discípulos. Cristo nos trata como a hombres libres. Él, que es Señor del Universo, ofrece su amor, entregado y humilde, a nuestra libertad.

Además, y este es el segundo detalle, la comida es sobreabundante: sobran panes y sobran peces, doce canastos. Es la expresión de que su amor es mucho más grande, más verdadero, más bello que todo lo que nosotros podamos querer o imaginar y sólo por eso puede saciarnos. Su amor es el único pan que nos sacia. Sólo este pan sacia nuestro corazón: Cristo. Para nosotros que vamos siempre mendigando que nos consideren, que nos miren bien, que hablen bien de nosotros, que mendigamos amor y consideración por todos lados: Mirad un amor sobreabundante, una fuente de amor inagotable.

Ahora el amor implica un tu y un yo, una relación mutua. El amor no es un monólogo, es un diálogo. Fijaos en la Eucaristía. No sólo se celebra sobre el altar el memorial de su pasión, su muerte y su resurrección. Sino que ese memorial se hace alimento y se nos da en la comunión. ¿Para qué? Para que nos unamos a él. Debemos levantarnos de nuestro sitio y acercarnos hasta el altar, signo de la cruz, de donde se toma su cuerpo, donde se nos da él, para que lo acojamos. Y no basta el levantarse del cuerpo, es necesario levantar el espíritu y mirar con fe lo que se nos da, creer que es Él y amarlo. Sólo así, acercándonos a comulgar su cuerpo, con fe y amor, entramos en COMUNIÓN con él, de tal forma que él se hace dueño de nuestro cuerpo, de nuestro espíritu y de nuestra vida.

Esto nos debe llevar a examinar cómo vivimos la Eucaristía. Si prestamos la atención debida, si nos acercamos con amor, si preparamos nuestro corazón para la Eucaristía, si le damos gracias, si nos confesamos frecuentemente para poder recibir adecuadamente a Cristo y entrar en esta comunión de amor a la que nos llama... El amor de Cristo no puede ser maltratado o despreciado por nosotros.

Queridos hermanos, este amor es demasiado grande, demasiado valioso para que lo tomemos a la ligera. No encontrareis otro amor eterno. Examinad vuestro corazón, vuestra fe y vuestras prácticas con respecto a la eucaristía. Confesad con humildad cada poco vuestros pecados al confesor con humildad y confianza para poder acercaros llenos de fe, de gozo a participar de esta corriente de amor que nace en el altar y que nos da la vida eterna, que nos lleva más allá de la muerte.

Pero quiero terminar invitándoos a la acción de gracias. Demos gracias a Dios por este don de la Eucaristía, un don de amor que sobrepasa la capacidad de nuestra inteligencia y de nuestro corazón. Con palabra de san Efrén:

*Mira, Señor, mi regazo está lleno con las sobras de tus migajas,
y como ya no hay más sitio en los pliegues de mi manto,
recoge tu don, mientras te adoro,
y guárdalo en tu tesoro, como en un depósito, para dárnoslo de nuevo.*

Que el Señor, en su infinito amor prepare cada día nuestro corazón para recibirlo y cada día quiera darnos de este pan del cielo.

Alabado sea Jesucristo

P. Enrique Santayana C.O.